

La calle para el martes 22 de enero de 2008
Diario de un espectador
La guerra desde Hollywood
por miguel ángel granados chapa

Sigue habiendo películas que glorifican la guerra, que la ven casi como un encuentro de fútbol americano en que los favoritos reciben mayor atención que los enemigos. Pero esas cintas ya no son las únicas que integran el cine bélico. Son cada vez más las que directa o indirectamente critican la guerra en sí misma, por su carga de brutalidad y embrutecimiento, o algún episodio en particular, de donde se derivan argumentos pacifistas. Hace no muchas semanas apareció aquí mismo nuestra apreciación acerca de *Leones sobre corderos*, la película de Robert Redford que narra el virtual asesinato de dos prometedores muchachos que se alistan para pelear en Afganistán y por un error de información son enviados a una batalla que estaban sin misericordia condenados a perder.

En el valle de las sombras pertenece también a este género del cine contrario a la guerra. No sólo denuncia la crueldad de la invasión norteamericana a Iraq sino que exhibe, así sea discreta y aun implícitamente la crisis de convicciones de Hank Deersfield, un ex sargento de la policía militar que confunde a la patria con el Ejército y se ve sacudido por el asesinato de su hijo en circunstancias todas derivadas de su participación en la guerra que dizque defendió al mundo de las armas de destrucción masiva achacadas a Sadam Hussein y que no fueron jamás halladas por la sencilla razón de que no existían.

La guerra no está en el primer plano de la película que empezamos a comentar ayer. Se presentan en realidad muy pocas escenas bélicas, con muy escasa definición porque fueron tomadas con el teléfono celular de Mike, el hijo del protagonista de la película, que con trabajos pudieron rescatadas de un aparato quemado, como a la postre quedaría el cuerpo del joven soldado que entre sollozos pidió a su padre que lo sacara de esa guerra, sin que por supuesto el rudo veterano le hiciera caso, preocupado sólo por saber si mientras Mike le hacía esa angustiada demanda y lloraba, alguien estaba cerca del teléfono que pudiera escuchar esa prueba de flaqueza.

El alegato contra la guerra se presenta en forma de una película policiaca, en que con el instinto profesional que conserva a pesar de su jubilación, y con el auxilio de la detective Emily Sanders, se descubre la trama del asesinato, descuartizamiento y cremación de los restos de quien fue Mike Deersfield. La indagación comprueba que los soldados compañeros de la víctima que lo vieron por última vez mintieron en sus testimonios y da cuenta de la razón por la cual lo hicieron. Es que ellos cometieron el crimen. Uno de ellos no soportará el remordimiento de haber privado de la vida y destrozado a su compañero y se suicida. Pero los restantes han perdido la conciencia del bien y del mal y conversan con el padre de su víctima como si fueran enteramente ajenos al asesinato, y hasta sonriendo demencialmente cuando finalmente aceptan haber participado en él.

La investigación no fue lineal ni acertada en todo momento. Llevado por su prejuicio racial Hank Deersfield cree haber hallado evidencia de que el criminal es otro soldado cercano a su hijo, un mexicano apellidado Ortiz (probablemente Ortiz) a quien intenta aprehender. Temeroso de que su origen lo incrimine sin haber tenido nada que ver en el asesinato, el mexicano huye y con eso parece delatarse, aunque a la postre quedará clara su inocencia.

Susan Sarandon hace un papel breve pero no insignificante, acorde por lo demás con sus convicciones personales Como sufriente madre de dos militares muertos, uno directa y otro indirectamente, por causa de la guerra, convulsa reprocha a su marido el haberle quitado a sus dos hijos, conducidos a su trágico final por la terquedad paterna de reproducir su propia y brillante hoja de servicios.